

ANTOINE DE SAINT-EXUPERY

VUELO NOCTURNO



De los tres pilotos que surcan los mares de la noche por el cielo de Sudamérica, uno de ellos, perdido en una tempestad de nieve y fuego, no volverá. Entre tanto, Rivière, el creador de los vuelos nocturnos, un personaje duro e inflexible, empieza a preguntarse por el sentido de su vida y de su obra, hasta tomar una decisión que parece «inhumana» por «inexpresable». Vuelo nocturno es la epopeya de aquellos pioneros de la aviación que ofrendaron sus vidas en aras de la «acción» y del progreso. Saint-Exupéry, que conocía por experiencia propia lo narrado, consiguió transmitir al relato la fuerza y el calor de lo vivido, en un estilo conciso, pero épico y lírico a la vez.

PREFACIO

Para las Compañías de navegación aérea, se trataba de vencer en rapidez a los otros medios de transporte. Rivière, admirable figura de jefe, lo explicará en este libro: «Para nosotros, es una cuestión de vida o muerte, puesto que perdemos, por la noche, el avance ganado, durante el día, sobre los ferrocarriles y navíos». Este servicio nocturno, muy criticado al principio, aceptado más adelante, y convertido luego en servicio práctico después del riesgo de las primeras experiencias, era todavía, cuando se escribió este relato, sumamente arriesgado; al peligro impalpable de las rutas aéreas, cuajadas de sorpresas, se añade en este caso el pérfido misterio de la noche. Por muy grandes que sean todavía los riesgos, me apresuro a decir que van disminuyendo día a día, al facilitar y asegurar con cada nuevo viaje la ruta del siguiente. Mas para la aviación, como para la exploración de las tierras desconocidas, existe una primera época heroica, y, Vuelo nocturno, que nos describe la trágica aventura de uno de esos exploradores del aire, adquiere con toda naturalidad un tono de epopeya.

Me gusta el primer libro de Saint-Exupéry, pero éste de ahora, mucho más aún. En *Courrier Sud*, a los recuerdos del aviador, consignados con una precisión sorprendente, se mezclaba una intriga sentimental que nos aproximaba al héroe: tan susceptible de ternura, que lo sentíamos humano, vulnerable. El héroe de *Vuelo nocturno*, aunque no deshumanizado, se eleva a una virtud sobrehumana. Creo que lo que más me complace en este relato estremecedor es su nobleza. Las flaquezas, los abandonos, las caídas de los

hombres, las conocemos de sobra y la literatura de nuestros días es más que hábil en mostrarlos; pero esa superación de sí mismo que obtiene la voluntad en tensión, es lo que, sobre todo, necesitamos que se nos enseñe.

Más asombrosa aún que la figura del aviador me parece serlo la de Rivière, su jefe. Éste no obra, hace obrar; infunde su virtud a los pilotos, exige de ellos lo máximo y les obliga a la proeza. Su implacable decisión no tolera la flaqueza, y castiga el menor desfallecimiento. Su severidad puede parecer, al principio, inhumana, excesiva. Pero se aplica a las imperfecciones, de ningún modo al hombre, que él pretende forjar. En esa pintura, se percibe la admiración del autor. Le estoy reconocido, sobre todo, por evidenciar esa verdad paradójica, que es, a mi parecer, de una importancia psicológica considerable, que el hombre no encuentra la felicidad en la libertad, sino en la aceptación de un deber. Cada uno de los personajes de este libro está total y ardientemente consagrado a lo que «debe» hacer, a esa tarea peligrosa en cuya ejecución tan sólo encontrará el descanso de la felicidad. Y se entrevé con precisión que Rivière no es en modo alguno un insensible (nada más emocionante que el reaparecido) y que necesita tanto valor para dar sus órdenes como los pilotos para ejecutarlas.

«Para hacerse amar —dirá—, basta con compadecer. Yo no compadezco nunca, o lo oculto... me sorprendo a veces de mi poder». Y también: «Amad a los que mandáis, pero sin decírselo».

Y es que también el sentimiento del deber domina a Rivière: «El oscuro sentimiento de un deber, más grande que el de amar». Que el hombre no encuentre su finalidad en sí mismo, sino que se subordina y se sacrifica a algo de lo que vive y que le domina. Me agrada encontrar de nuevo aquí ese «oscuro sentimiento» que hacía exclamar paradójicamente a mi Prometeo: «No amo al hombre, sino lo que le decora». Es ésta la fuente de todo heroísmo: como si algo sobrepasase, en valor, a la vida humana... Pero ¿qué? Y

aún: «Tal vez existe alguna otra cosa, más duradera, que salvar; tal vez haya que salvar esa parte del hombre, que Rivière trabaja». No nos cabe la menor duda.

En un tiempo en que la noción de heroísmo tiende a desertar del Ejército, puesto que las virtudes viriles corren el riesgo de permanecer ociosas en las guerras de mañana, cuyo futuro horror los químicos nos invitan a presentir, ¿no es en la aviación donde vemos desarrollarse más admirablemente y más útilmente el valor? Lo que sería una temeridad, deja de serlo en un servicio mandado. El piloto, que arriesga su vida sin cesar, tiene cierto derecho a sonreír ante la idea que de ordinario nos forjamos del «valor». Saint-Exupéry me permitirá citar una carta suya, antigua ya; pertenece al tiempo en que hacía el servicio Casablanca-Dakar, por encima de la Mauritania:

«No sé cuándo volveré; ¡tengo tanto trabajo desde hace algunos meses!: búsquedas de compañeros perdidos; reparaciones de aviones caídos en territorios disidentes, y algunos correos a Dakar.

»Acabo de realizar una pequeña hazaña: he pasado dos días y dos noches con once moros y un mecánico, para salvar un avión. Tuvimos diversas y graves alarmas. Por primera vez, he oído silbar las balas sobre mi cabeza. Conozco, por fin, lo que soy en esas circunstancias: mucho más sereno que los moros. Pero he comprendido, al mismo tiempo, lo que siempre me había sorprendido: por qué Platón (¿o Aristóteles?), sitúa al valor en la última categoría de las virtudes. Es que no está formado por muy hermosos sentimientos: algo de rabia, algo de vanidad, mucha testarudez y un vulgar placer deportivo. Sobre todo, la exaltación de la propia fuerza física que, no obstante, no le atañe en nada. Cruzamos los brazos sobre la camisa desabrochada, y respiramos fuerte. Es más bien agradable. Cuando esto se produce durante la noche, se le mezcla el sentimiento de haber hecho una inmensa tontería. Jamás volveré a admirar a un hombre que sólo sea valeroso». Como epígrafe, podría

añadir a esa cita un apotegma extraído del libro de Quinton (que aún hoy, ando muy lejos de aprobar):

«Se oculta la propia valentía, como se oculta el amor»; o, mejor aún: «Los valientes ocultan sus hazañas como la gente de buen corazón sus limosnas. Las disfrazan o se excusan de ellas». Todo lo que Saint-Exupéry explica, lo cuenta «con conocimiento de causa». El haber arrojado frecuentemente el peligro, confiere a su libro un sabor auténtico e inimitable. Poseemos numerosos relatos de guerra o de aventuras imaginarias donde el autor a veces hace gala de un flexible talento, pero que provocan la sonrisa de los verdaderos aventureros o combatientes que los leen. Este relato, cuyo valor literario admiro tanto, tiene, por otra parte, el valor de un documento; y esas dos cualidades, tan inesperadamente unidas, dan a Vuelo nocturno su excepcional importancia.

André Gide

A Monsieur Didier Daurat

I

Las colinas, bajo el avión, cavaban ya su surco de sombra en el oro del atardecer. Las llanuras tornábanse luminosas, pero de una luz inagotable: en este país no cesaban de exhalar su oro, como, terminado el invierno, no cesaban de entregar su nieve.

Y el piloto Fabien que, del extremo Sur, conducía a Buenos Aires el correo de Patagonia, conocía la proximidad de la noche por las mismas señales que las aguas de un puerto: por ese sosiego, por esas ligeras arrugas que dibujaban apenas los tranquilos celajes. Penetraba en una rada, inmensa y feliz.

También hubiera podido creer que, en aquella quietud, se paseaba lentamente casi cual un pastor. Los pastores de Patagonia andan, sin apresurarse, de uno a otro rebaño; él andaba de una a otra ciudad, era el pastor de los villorrios. Cada dos horas, encontraba algunos de ellos que se acercaban a beber en el ribazo de un río o que pacían en la llanura.

A veces, después de cien kilómetros de estepas más deshabitadas que el mar, cruzaba por encima de una granja perdida, que parecía arrastrar, hacia atrás, en una marejada de praderas, su cargamento de vidas humanas: con las alas, saludaba entonces aquel navío.

«San Julián a la vista: aterrizaremos dentro de diez minutos».

El «radio» comunicaba la noticia a todas las estaciones de la línea. Semejantes escalas se sucedían, cual eslabones de una cadena, a lo largo de dos mil quinientos kilómetros,

desde el estrecho de Magallanes hasta Buenos Aires; pero la de ahora se abría sobre las fronteras de la noche como, en África, la última aldea sometida se abre sobre el misterio.

El «radio» pasó un papel al piloto:

«Hay tantas tormentas que las descargas colman mis auriculares. ¿Haréis noche en San Julián?».

Fabien sonrió: el cielo estaba terso cual un acuario, y todas las escalas, ante ellos, les anunciaban: «Cielo puro, viento nulo». Respondió:

«Continuaremos».

Pero el «radio» pensaba que las tormentas se habían aposentado en algún lugar, como los gusanos se instalan en un fruto: y así, la noche sería hermosa, pero, no obstante, estaría estropeada. Le repugnaba entrar en aquella oscuridad próxima a pudrirse.

Al descender sobre San Julián, con el motor en retardo, Fabien se sintió cansado. Todo lo que alegra la vida de los hombres corría, agrandándose, hacia él: las casas, los cafetuchos, los árboles de la avenida. Él parecía un conquistador que, en el crepúsculo de sus empresas, se inclina sobre las tierras del imperio y descubre la humilde felicidad de los hombres. Fabien experimentaba la necesidad de deponer las armas, de sentir la torpeza y el cansancio que le embargaban —y también se es rico de las propias miserias— y de vivir aquí cual hombre simple, que contempla a través de la ventana una visión ya inmutable. Hubiera aceptado esa aldea minúscula: después de escoger, se conforma uno con el azar de la propia existencia e incluso puede amarla. Os limita como el amor. Fabien hubiera deseado vivir aquí largo tiempo, recoger aquí su porción de eternidad, pues las pequeñas ciudades, donde vivía una hora, y los jardines rodeados de viejos muros, sobre los cuales volaba, le parecían, fuera de él, eternos en duración. La aldea subía hacia la tripulación, abriéndose. Y Fabien pensaba en las amistades, en las jovencitas, en la intimidad de los blancos mante-

les, en todo lo que, lentamente, se familiariza con la eternidad. La aldea se deslizaba ya rozando las alas, desplegando el misterio de sus jardines cercados, a los que sus muros ya no protegían. Pero Fabien, después de aterrizar, supo que sólo había visto el lento movimiento de algunos hombres entre las piedras. Aquella aldea, con su sola inmovilidad, guardaba el secreto de sus pasiones; aquella aldea, denegaba su suavidad: para conquistarla hubiera sido preciso renunciar a la acción.

Transcurridos los diez minutos de escala, Fabien reemprendió el vuelo.

Volvióse hacia San Julián, que ya no era más que un puñado de luces, y luego de estrellas. Más tarde se disipó la polvareda que, por última vez, le tentó.

«Ya no veo los cuadrantes; voy a encender la luz».

Tocó los contactos, pero las lámparas rojas de la carlinga derramaron sobre las agujas una luz tan diluida aún en aquella azulada claridad diurna, que no llegó a colorearlas. Pasó la mano por delante de una bombilla y apenas si se tiñeron sus dedos.

«Demasiado pronto».

No obstante, la noche ascendía, cual humo oscuro, colmando los valles. Éstos no se distinguían ya de las llanuras. Y se iluminaban los pueblos y las constelaciones de sus luces se contestaban unas a otras. Él también, haciendo parpadear con el dedo sus luces de posición, respondía a los pueblos. La tierra estaba llena de llamadas luminosas; cada casa encendía su estrella, frente a la inmensa noche, del mismo modo que se vuelve un faro hacia el mar. Todo lo que cubría una vida humana, centelleaba. Fabien se admiraba de que la entrada de la noche fuese, esta vez, como una entrada en una rada, lenta y bella.

Sumergió su cabeza en la carlinga. El radio de las agujas empezaba a brillar. Una después de otra, el piloto comprobó las cifras, y quedó satisfecho. Se descubría sólidamente sentado en el cielo. Rozó con el dedo un larguero de acero,

y percibió el metal chorreando vida: el metal no vibraba, pero vivía. Los quinientos caballos del motor engendraban en la materia un fluido muy suave, que cambiaba su hielo en carne aterciopelada. Una vez más, el piloto no experimentaba, en el vuelo, ni vértigo, ni embriaguez, sino el trabajo misterioso de un cuerpo vivo.

Ahora, se había recompuesto un mundo, donde, a co-dazos, trataba de lograr un lugar cómodo.

Golpeteó el cuadro de distribución eléctrica, tocó uno a uno los contactos, removiése un poco, se recostó mejor, y buscó la posición más cómoda para sentir el balanceo de las cinco toneladas de metal, que una noche viviente llevaba sobre sus espaldas. Luego, tanteó, colocó en su sitio la lámpara de socorro, la dejó, la tocó de nuevo para asegurarse de que no se deslizaba, la dejó después para golpear cada clavija, y encontrarlas sin equivocarse, educando así a sus dedos en un mundo ciego. Luego, cuando estuvieron adiestrados, se permitió encender una lámpara, adornar su carlinga con instrumentos de precisión, vigilando, sólo en los cuadrantes, su entrada en la noche, como en un declive. Luego, como nada vacilaba, ni vibraba, ni temblaba, y permanecían fijos el giróscopo, el altímetro y el régimen del motor, desperezóse un poco, apoyó su nuca en el cuero del respaldo, e inició esta profunda meditación del vuelo, en la que se saborea una esperanza inexplicable.

Ahora, como un velador en el corazón de la noche, descubre que la oscuridad muestra al hombre; esas llamadas, esas luces, esa inquietud. Esa simple estrella en la oscuridad; el aislamiento de una casa. Hay una que se apaga: es una mansión que se cierra sobre su amor.

O sobre su tedio. Es una casa que cesa de hacer su ademán al resto del mundo. No saben lo que esperan, ante su lámpara, esos campesinos, acodados sobre la mesa; ignoran que su deseo, en la enorme noche que los rodea, vaya tan lejos. Pero Fabien lo descubre cuando, tras haber recorrido mil kilómetros, percibe cómo unas olas de fondo, pro-

fundas, elevan y hacen descender el avión, que respira, cuando ha atravesado diez tormentas, cual países en guerra, y, entre ellas, algunos claros de luna; cuando alcanza esas luces, una después de otra, con la sensación de vencer. Aquellos hombres creen que la lámpara brilla para su humilde mesa, pero alguien, a ochenta kilómetros, percibe el brillo de esa luz, como si, desesperados, la balanceasen; ante el mar, desde una isla desierta.

II

De esta manera los tres aviones postales de Patagonia, de Chile y de Paraguay regresaban del Sur, del Oeste y del Norte hacia Buenos Aires. Allí se esperaba su cargamento, para dar salida, hacia medianoche, al avión de Europa.

Tres pilotos, cada uno tras su capota, pesada como una chalana, perdidos en la noche, meditaban su vuelo, y, de un cielo tormentoso o pacífico, bajarían lentamente hacia la ciudad inmensa, cual extraños campesinos que descienden de sus montañas.

Rivière, responsable de toda la red, paseaba a lo largo de la pista de aterrizaje de Buenos Aires. Permanecía silencioso, pues, hasta que hubiesen llegado los tres aviones, este día sería temible. Minuto tras minuto, a medida que le llegaban los telegramas, Rivière sabía que arrancaba algo al sino, que reducía la porción de lo ignoto, que sacaba a sus dotaciones fuera de la noche, hasta la orilla.

Un obrero le abordó para comunicarle un mensaje de la estación de Radio:

—El correo de Chile anuncia que divisa las luces de Buenos Aires.

—Bien.

Muy pronto Rivière oirá ese avión: la noche entregará a uno de los tres, cual el mar, con su flujo, su reflujo y sus misterios que deposita en la playa el tesoro que por tanto tiempo ha zarandeado. Más tarde, se recibirán de ella los otros dos.

Entonces, este día habrá terminado. Entonces, las tripulaciones fatigadas, remplazadas por otras de refresco, se

irán a dormir. Pero Rivière no tendrá reposo: el correo de Europa, a su vez, le cargará de inquietud. Siempre será así. Siempre. Por primera vez, ese viejo luchador se asombraba de sentirse cansado. La llegada de los aviones no será nunca esa victoria que concluye una guerra, e inicia una era de paz venturosa. Jamás habrá, para él, otra cosa que un paso hecho, precediendo a mil otros pasos semejantes. Le parece a Rivière que, desde largo tiempo, levantaba un peso muy grande, con los brazos tendidos: un esfuerzo sin descanso y sin esperanza. «Envejezco...». Envejecía, si en la sola acción no hallaba ya su sustento. Se asombró de reflexionar sobre problemas que jamás se había planteado. Y, no obstante, volvía hacia él, con melancólico murmullo, la suma de deleites que siempre había eludido: un océano perdido. «¿Tan cerca está, pues, todo eso...?». Se dio cuenta de que, poco a poco, había aplazado para la vejez, para «cuando tuviera tiempo», lo que hace agradable la vida de los hombres. Como si realmente un día se pudiese tener tiempo, como si se ganase, al fin de la vida, esta paz venturosa que todo el mundo se imagina. Pero la paz no existe. Tal vez no existe siquiera la victoria. No existe la llegada definitiva de todos los correos.

Rivière se detuvo ante Leroux, el viejo contramaestre. También Leroux trabajaba desde hacía cuarenta años. Y el trabajo consumía todas sus fuerzas. Cuando Leroux entraba en su casa, hacia las diez o las doce de la noche, no era un mundo diferente el que se le ofrecía, no era una evasión. Rivière sonrió a ese hombre que, levantando su tosca faz, señalaba un eje pavonado: «Aguantaba muy fuerte, pero lo he vencido». Rivière se inclinó sobre el eje; el oficio le ocupaba de nuevo. «Será preciso advertir a los talleres que ajusten estas piezas con más huelgo». Pasó un dedo sobre las huellas de las herramientas; luego, consideró de nuevo a Leroux. Una pica pregunta le subía a los labios, ante aquellas arrugas severas. Sonrióse:

—¿Se ha ocupado usted mucho del amor en su vida, Leroux?

—¡Oh!, el amor, sabe usted, señor director...

—Sí, a usted le ha pasado lo que a mí; nunca ha tenido tiempo.

—Muy poco, ciertamente...

Rivière escuchaba el sonido de esa voz, para saber si la respuesta era amarga; pero no lo era. Este hombre experimentaba, vuelto hacia su vida pasada, el tranquilo contento del carpintero que acaba de cepillar una hermosa tabla: «Hela aquí. Ya está hecha».

«Hela aquí —pensaba Rivière—, mi vida está hecha».

Rechazó los pensamientos tristes que en él despertaba la fatiga, y se dirigió hacia el cobertizo, pues el avión de Chile zumbaba ya en el aire.